



HISTORIA
VERDADERA
DE SAN CLEMENTE,

SUS PADRES FAUSTINO, Y MATHIDIANA,
y sus hermanos Aquila, y Niceta.

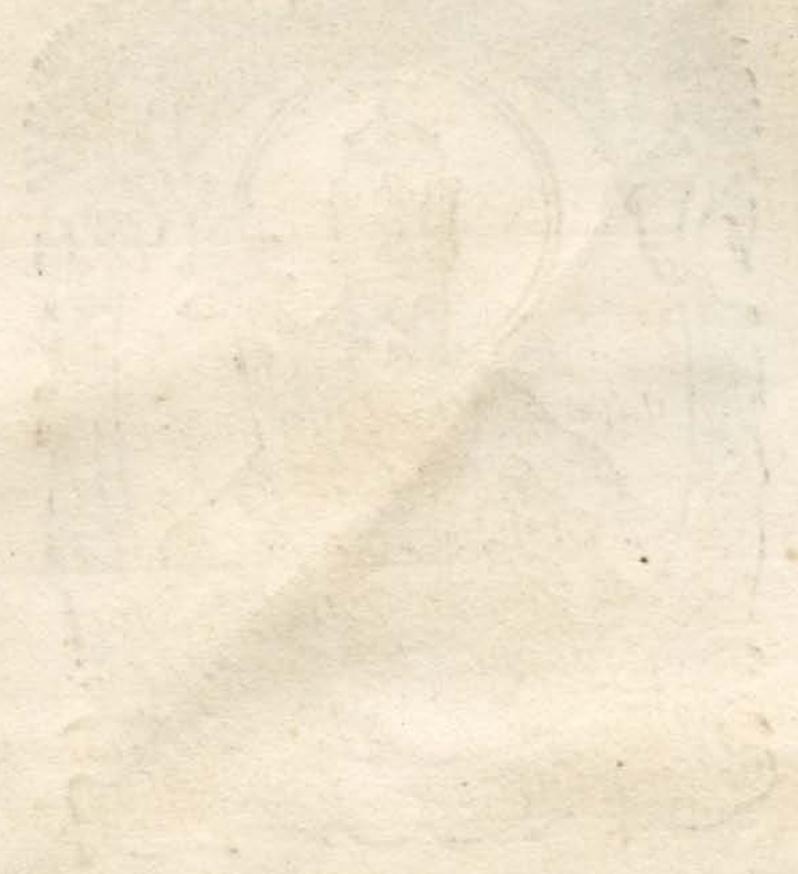
SACADA DE INSIGNES, Y CELEBRES AUTORES,
como San Antonino, Vincencio, Pineda, Cuesta,
Lozano, y otros Historiadores.

SU AUTOR

DON HILARIO SANTOS ALONSO.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

En Valencia, en la Imprenta de Agustín Laborda, vive en la
Bolsería, donde se hallarán otras diferentes. Año 1772.



THIS IS TO CERTIFY
THAT THE ABOVE NAMED
PERSON HAS BEEN
RECEIVED INTO THE
MEMBERSHIP OF THE
SOCIETY OF FRIENDS

OF THE CITY OF
NEW-YORK
ON THE _____ DAY OF _____
17__

WITNESSED BY THE
CARE OF THE
SECRETARY



RESUMEN DE LA HISTORIA.

PROSAPIA, Y LINAGE DE SAN CLEMENTE.

Es perseguida su madre Mathidiana de Germano. Traza que inventa Mathidiana, para evadirse de los peligros que la amenazan. Embarcase para Athenas con dos hijos Fausto, Faustino, y padecen borrasca. Libertan en tablas del naufragio; y desaparecen luego los hijos de la madre. Es arrojada èsta à una Isla, donde se viò sola, desamparada, y afligida. Despedazase sus manos, y sus brazos por el sentimiento. Acuden los Isleños à las voces, y llantos, y la refugia una pobre Viuda, que mendigando la sustenta. Postrase èsta en cama, y pide limosna Mathidiana para sustentarse las dos. Son Fausto, y Faustino libertados por unos Piratas, que los vendieron à Justina, noble Matrona. Crialos èsta, y los dà estudios. Hacense Discipulos de Simon Mago. Dexan à Simon Mago, y siguen à San Pedro, à vista de sus milagros, y predicacion. Precipita San Pedro à Simon Mago de lo alto, donde se elevò para su diabolico Arte. Mudales Justina los nombres en Aquila, y Niceta. Desassossiegos de Faustino, por no saber de su muger, y sus hijos. Informes malvados que dà Germano à su hermano Faustino. Dexa èste à Clemente en poder de Tutores, y se embarca en busca de Mathidiana. Padece tormenta, y es arrojado à otra Isla, donde vive padeciendo mucha miseria. Encuentrase Clemente con San Bartholomè, y se hace su Discipulo. Embiale à San Pedro, que le recibe amoroso. Camina San Pedro para Roma, y encuentra en una Isla à Mathidiana. Reconoce èsta à su hijo Clemente, y despnes à Aquila, y Niceta. Prosiguen su camino, y encuentran en otro Puerto al Senador Faustino. Conoce èste à su Esposa Mathidiana, y à sus hijos, y se convierte à la Fè. Sucessos tiernos que acontecieron en estos mara-

vi-

villosos encuentros. Es San Clemente hecho Pontifice. Su muerte, y martyrio, y caso prodigioso que acontecia con su sepulcro.

POR los años de nuestro Redentor Jesu-Christo Señor nuestro, que se contaban de noventa y tres, vivian en Roma, de clara sangre, y esclarecida ilustre parentela, Faustino, y Mathidiana: vinculados éstos en dulce matrimonio, llegaron à gozar de tres amadas prendas de sus bien unidos corazones, tres hermosos, y agraciados hijos, llamados Fausto, Faustino, y Clemente; y quando éstos los llamaban Padres, y cuya compañía hacia el yugo nupcial mas suave, mas dulce, y feliz, se comenzó à levantar una tormenta, que deshecha en horrible borrasca, turbò los gozos de su matrimonial union, y lazo dichoso de su conyugal estado; pensión infeliz de nuestra humana naturaleza, dar siempre aguados los gustos, y contentos de la mortal vida.

Era Mathidiana tan her-

mosa, como honesta, y recatada; cuya hermosura, y beldad cautivò de manera à un hermano de Faustino, que se llamaba Germano, que sin ferle freno debido tan estrecho parentesco, como el ser Cuñado de la honestísima Matrona, le diò defenfrenada rienda à su voráz apetito, dexandose llevar, y arrastrar torpemente de sus lascivos deseos. Comenzò este desbocado hombre à galantearla con visitas, regalos, y caricias, sin affomar à la boca sus malos designios; pero bien se conocia ser sus afectos, y cariños mas que de Cuñado. Bien lo entendió Mathidiana, pues al passo que era hermosa, era muy prudente, y entendida; y por esso, aunque sentida de semejantes excessos, y desafueros, se mostraba la honesta Matrona muy desatenta à sus demostraciones. Crecia el amor en Germano, è impaciente

con

con el fuego activo, que le abrafaba su pecho, trabajaba bastante para que Mathidiana le entendiese. Ella por el mismo caso se daba por desentendida, valiendose de esta traza, por ver si así le podia apartar de sus malos empeños. Hablabale como à hermano de su esposo Faustino, enderezando siempre todas sus palabras à lo honesto.

Canfóse, pues, Germano de sufrido, y esperando ocasion, manifestóle à Mathidiana su amor, su pena, y su tormento, con las expresiones, suspiros, lagrimas, y ruegos que en casos semejantes acostumbran practicar los amantes; y mas quando ay mas razones que contradigan el hecho. Hallóse la honestissima Matrona tan sentida, y apefarrada de la desvergüenza de su cuñado Germano, como confusa, y pasmada à dar salida à semejante atrevimiento. Pero revestida de valor, ayudada de sus brios, y tomada de la honra, le

riñò à Germano aquella demasia, fulminandole muchas amenazas, si no desistia de su mal intento.

Mas como hasta descubrirse fuele ser el mayor embarazo de quien se arde ciego, profiguiò Germano con mayor descoco su pretension infame, y torpe, amenazando tambien à la honesta Señora, y aumentando cada dia sus ansias, sus porfias, y sus ruegos. Hallóse la honesta Matrona, aunque era tan entendida, en un mar de confusiones, porque se la venia al discurso un grande combate de peligros. Estarse expuesta à las olas de semejante tempestad; cada dia ruegos amorosos; cada hora alhagos, y caricias; cada instante ternuras, y suspiros, era mucha valentia, que baterias de amor, à pechos de bronce ablandan: por otra parte descubrirse à su marido, hallabalo embarazo, pues era forzosa la disension, y la guerra entre los dos hermanos; y por ultimo, ren-

dirse al adulterio, mirabalo grande infamia; no rendirse, era gran lid. Por cierto que era grande aprieto, y estrechura en la que se hallaba la honestissima Matrona Mathidiana, viendose acometida con tales, y tantas assechanzas de un Cuñado arriesgado.

Aviendo, pues, vencido muchas de estas lides, siempre constante, y honesta, se resolvió à una heroyca hazaña, por no descubrir la flaqueza de Germano, y por huir un peligro. Pero, ò què mal se lo pagó! Ya veremos adelante su villana correspondencia. Determinòse un dia Mathidiana à hablar à su marido Faustino, fingiendose con mayores alhagos, y congoxas, que las que le daba su cuidado, y dixole estas palabras: *Sabe el Cielo, Dueño mio, lo que mi corazon siente darte parte de mi pena, y afliccion; pero temerosa del riesgo que amenaza à Fausto, y Faustino, nuestros amados hijos, es forzoso decirte lo que passa.*

Sabràs, pues, que esta noche, estando entregada al sueño, se me apareció una Deidad, que con palabras graves, y apacibles à un mismo tiempo, me puso por precepto, que dexasse à Roma, y me saliesse de Italia con Fausto, y Faustino, porque de no hacerlo assi, los Hados Celestes nos amenazaban muerte à nuestras vidas. Yo assustada, y temerosa, le implorè otro remedio à mi desdicha, è infelicidad; y resolvióse à decir, que no avia mas remedio que la ausencia, que me mandaba executar. Esto me ha passado, amado Esposo mio, esto me ha revelado el Cielo, mira lo que determinas, y haz de mi lo que quisieres.

Esta revelacion fingió la honesta Mathidiana, buscando penas de su ausencia à costa del amor con que amaba à su marido, à trueque de evadir los ruegos de un amante porfiado. Creyò Faustino à su Esposa todo lo que le avia referido, como si le hablàra un Angel; y dando por cierta la revelacion, tratò de obedecer al

Cielo en lo que la avia dictado , y mandado á su muger Mathidiana , aunque à costa de lagrimas , y suspiros , porque la amaba con extremo. Atenciones forzofas de sus cargos , y afsistencia de su hacienda eran su mayor cuidado , por no poder ir tambien acompañando à su Esposa , y á sus hijos. En fin , aunque con dolor del alma , se determinò á encaminarlos à la insigne Ciudad de Athenas , porque en su cèlebre Academia , mientras duraba el destierro , pudieffen sus dos hijos darse al estudio de las letras. Comunicò con Mathidiana este parecer , aprobòle por bueno la Matrona ; con que fletandoles un Navio , y cargandolos de joyas , y dineros , los despachò para Grecia , todo con secreto mucho , que afsi se lo avia trazado Mathidiana , porque no llegasse á oídos del Cuñado Germano , y fuesse mayor el riesgo. Solo quedò con Faustino en Roma el menor de los tres hi-

jos , llamado Clemente , para alivio , y consuelo de su Padre ; repartiendo de esta fuerte los pedazos de su alma.

Embarcada Mathidiana con sus dos amados hijos , y hechos á la vela , ò navegacion , se levantó una tormenta muy cruel , con que el pobre Navichuelo , zozobrando entre las olas , y herido de los escollos , se vino á hacer mil pedazos contra una peña , teniendo à suma dicha quièn de los que iban en èl , podia asir , ò pillar una tabla. Casi todos perecieron , dandoles el mar sepulcro ; mas no perecieron , por disposicion divina (que afsi lo iba trazando , para dar demostracion de sus grandes maravillas) Mathidiana , y sus dos hijos Fausto , y Faustino ; porque la infeliz Matrona , haciendose á lo sufrida en medio de tan gran dolor , y triste acafo , asìò valerosa de un pedazo del Navio , y echando en èl á sus dos hijos , dexòlos à la ventura , y

pro-

providencia, procurando ella tambien en otra tabla irlos comboyando hasta la orilla. O, cómo iba disponiendo nuestro Dios las cosas, para admiracion de sus prodigios!

Esparciòlos el viento defaforado, y furioso, con la lastima, y dolor que se puede pensar de la madre triste, à tiempo que amorosa los iba comboyando del mejor modo que podia, para que juntos arribassen à la orilla. Luego se desaparecieron, y se perdieron de vista; y con la furia de los ayres vino à arrojar à Mathidiana la tormenta à una Isla. Viendose alli sola, y sin sus dos hijos: viendose desamparada, la que se viò tan servida: tan pobre, la que se viò en tanta riqueza: tan desnuda, la que arrastrò tantas galas; y lo que mas sentìa, el verse sin sus dos prendas del alma, empezò à embarazar el ayre à tristes clamores, y alaridos, aumentando el agua del mar con los rios de su copioso llanto: tanto se hi-

zo à la congoxa, tanto à las angustias, tanto à los estremos, que agenandola de sì el mucho sentimiento, comenzó rabiosa à despedazarse con sus dientes las manos, y los brazos: por una, y otra orilla del mar proceloso discurria lastimada, llamando à voces à sus queridos hijos, y buscando, por lo menos, sus cadaveres, para aliviar su pena.

Acudieron los Isleños à las voces de aquella triste, y afligida muger; encontraronla hecha un mar de lagrimas, rendida en el suelo al dolor; procurando consolarla, y darla algun alimento, que con tantos trabajos, llantos, y desconfueltos, estaba ya casi exanime. Aviendo ya cogido algun aliento, les empezó à referir su tragedia, y escuchandola enternecidos, acompañaron compasivos su dolor. Señalòse entre todos una Viuda pobre en darla mayor consuelo, como à quien el mismo achaque havia ocasionado su viudèz, pues

pues en tormenta semejante se la anegó el marido. Esta, pues, apiadada de la hermosa Mathidiana, llevóse la consigo à su humilde alvergue, y con su industria, y trabajo la sustentaba, y vestía, quedando ella inhabil para la menor hacienda, por causa de las heridas, que afligida, y desesperada cruelmente se aviado en las manos, y en los brazos.

Presto tambien la privò su fuerte de este refugio, enfermando la Viuda de perlesia, que la postrò en una cama. En medio de tanta afliccion, y trabajo, no quiso la gran Matrona ser ingrata à su bienhechora, sino que desnudandose de todo su pundonor, se hizo pobre mendicante, pidiendo para las dos de puerta en puerta. Quièn no admira tantos males, trabajos, y angustias, en quien por guardar la fé à su marido, y ser honrada, se expuso à tantas tragedias, è infortunios? Quièn no estraña, que dé el Cielo estas desdichas à quien amò la virtud, y se mantuvo honesta? No

lo estrañará el Apostol San Pablo, ni tampoco Seneca, ni otros entendidos, que son de parecer, que à los buenos, à los que quiere mas, les dá Dios tribulaciones por regalos, para así acryfolarlos mas, y mas, y que tengan qué ofrecer, para merecer conseguir despues mas colmado el premio de la gloria; y desdichados de aquellos (dicen muchos Padres, y el mismo Cordovès) à quien en esta vida les concede Dios descansos.

Dexemos, pues, en este regalo de pobreza à la honesta Mathidiana, y bolvamos à ver lo que ha hecho el mar de sus queridos hijos Fausto, y Faustino. Abrazados de unas mal compuestas tablas, andaban casi difuntos, azotados de las olas, los dos desdichados hermanos, quando encontrando con unos Piratas, que tambien avian corrido tormenta; pero no tanta, pues conservaban su Nave, los recogieron en su Navio; y aviendo llegado à hacer agua al primer Puerto, los vendieron à una Ma-

trona honrada, llamada Justina, porque se aficionò à ellos, viendolos tan agraciados, y hermosos. Mudòles los nombres la Matrona, llamando Aquila á Fausto, y Niceta à Faustino, que fueron despues aquellos insignes Martyres, de quienes hace comemoracion la Iglesia Catholica, *Aquila, y Niceta.*

Cobròles tanto amor, y cariño esta Señora, que qual si fueran sus hijos los queria, y regalaba. Hizo darles estudio; y siendo ya buenos mozos, y grandes Estudiantes, aviendo encontrado con Simon Mago, y aficionados à su ciencia, hicieronse sus discipulos, con gusto de Justina su señora, y madre en el afecto. Los encantos de Simon, sus grandes hechicerias, los llevaba encantados, y deseosos de su ciencia, hasta que desengañados de sus enredos, por la predicacion, y hechos de San Pedro, le dexaron, y abandonaron ellos, y otros muchos, que seguian à este embuftero.

Hallabase en Roma Simon Mago muy creido, y reve-

renciado de los Romanos, à quienes tenia engañados con sus enredos, y embustes, quando San Pedro, que andaba predicando por varias partes de Italia, llegó à aquella Corte, y viendo toda aquella gente preocupada de la infame doctrina de este hombre, y con muchos discipulos que le seguian, y entre ellos nuestros dos jovenes, Aquila, y Niceta, empezó à predicar la verdadera Ley de Jesu-Christo, y à disuadirlos no figuiesen à el malvado Simon Mago. Quiso selas apostar en prodigios este embuftero al Santo Apostol; y en una ocasion, para aumentar su opinion, y no decaer de ella entre los Romanos, hizo que le traxessen un Joven difunto, con el animo de resucitarle à la presencia de todos; pero como sus Artes estaban fundados en embustes, quedó burlado. Empezò à exercer su perversa Magia, y por mas que hizo, el Joven yacia difunto, y no bolvia à la vida. Supolo San Pedro, y al punto acudiò donde tenian al cadaver, y à la presencia de

todos, llamandole por su apellido, en nombre de Jesu-Christo nuestro Redentor, se levantò del Feretro, y empezó à alabar á Dios con admiracion de todos.

Quedó avergonzado Simon Mago, y en esta ocasion perdió muchos sequaces, y discipulos, que reconociendo la virtud soberana del Apostol, se convirtieron á la Fé. Rabiaba de corage el perverso Simon, y quiso hacer la ultima prueba de sus embustes diabolicos, para ver si podia asì reclutar la mucha gente que avia perdido. Desafió á San Pedro à executar un prodigio á la presencia de todo Roma, que fuè prometer bolar por los ayres, à que no sería capáz S. Pedro el seguirle, y entonces se veria quien era el amado de Dios. Era no menos, que bolar desde el monte Capitolino, hasta el monte Aventino. Hizose theatro público para ver la maravilla: concurrió San Pedro, y aviendo empezado à bolar Simon Mago, por medio de sus Artes diabolicos, ponien-

dose el Apostol en oracion, al llegar à lo mas elevado, y distante de la tierra, cayò en ella aquel malvado hombre, y quebrantandose todos los huesos, murió de allí à poco. Otros dicen, que avia prometido á los Romanos subir à los Cielos, como Jesu-Christo en el dia de su Ascension, y que en este lance fuè quando el Apostol le cortò los buelos, estando ya bastante elevado por Arte diabolico; pero lo mas asentado entre los Autores, es como antecedentemente se refiere.

A vista de estos prodigios, y desengaños, viendo deshechos los encantos, y precipitado à su Maestro, dexaron Aquila, y Niceta su doctrina, y ya hechos Christianos, siguieron à San Pedro en sus peregrinaciones, hechos discipulos suyos, y que despues siempre le siguieron, hasta dar la vida por Jesu-Christo. Dexemoslos en tan Apostolica compania, pues quedan à buena sombra; y passemos à ver lo que acontece en Roma con su Padre Faustino, y su hermanito Clemente.

Desde que el buen Cavallero embarcó à su esposa Mathidiana, y à sus hijos, no cessaba un instante de hacer diligencias, para saber el fin de su viage. Hizo à Grecia muchos Proprios, que inquiessén, y supiessén si avian aportado allà sus caras prendas. Por demàs era el cuidado, quando estaba el caso tan oculto. Nadie le traía razon, ni los Proprios, ni Estrangeros le daban la menor luz. A esta pena, y á esta congoxa, se añadió otro mayor susto, mas cuidado, y mas dolor: que quando empiezan pesares à afligir á una alma, se llaman unos á otros; pero son penas felices, quando las dirige el Cielo para lógros, y ganancias. Nadie desmaye en la lid de trabajos, infortunios, y fatigas, sino armandose con Dios, hagase á lo referido, que èl, como tan piadoso, y amado Padre para los atribulados, y afligidos, abrirà puerto à sus congoxas.

Desde que se ausentò Mathidiana avia andado su cuñado Germano, su molesto

pretendiente, confuso, y fuera de sí, por saber dónde estaba, ò lo que se avia hecho. A los principios, como receloso de si Mathidiana le avia descubierto à su marido, y èl por esto la tenia oculta, ò guardada en otra parte, no se atrevia à decir cosa alguna à su hermano, ni aun preguntar por ella; antes bien, siempre que le veía, ó visitaba, ocultando su dolor, se mostraba placentero, y como que no sentía la falta de su Cuñada. Faustino tampoco le queria hablar en el caso, por el secreto que le encomendó su Esposa. Con esta cautela se avian portado los dos hermanos largo tiempo; mas quando advirtió Germano el desaffossiego, la inquietud, y el suspirar de Faustino su hermano, preguntòle la causa, haciendo-le ofertas de su hacienda, y vida para quanto le importasse. No pudo entonces Faustino dexar de descubrirse, contandole la revelacion Divina que avia tenido su Esposa, y del riesgo de su vida, y de sus hijos, si no se

ausentaba de Italia; por cuya causa los avia embarcado para Athenas, y que procedia su cuidado, y afliccion en no aver sabido de ellos; ni hallar rastro, ni camino de adònde avian aportado.

Al punto que el malvado Germano oyò estas razones, y discurriò por ellas, que avia sido ardíd de Mathidiana, para huir de sus importunos, y enfadosos alhagos, fingiò la mayor maldad, que cùpo en inhumano pecho, solo por despigar su pesadumbre, y enojo, que de esto avia concebido rabioso. Dixole à su hermano Faustino, que su muger era liviana, y mala Esposa, porque á èl le avia sollicitado varias veces para malos tratos, y que en venganza de averfelo reñido, y afeado, le avia amenazado, que con un criado suyo, quando no hallasse otra persona, se avia de ir por el mundo á gozar de sus amores; y que asì no se cansasse en buscarla, porque ni avria ido á Athenas, ni avria dexado rastro para hallarla.

Quan lastimado, y fentido quedaria este Cavallero oyendo estas palabras, quedese al discurso, y à la consideracion de los que lo leen. Vacilando en confusiones Faustino, comenzò à atormentarse: ver por una parte la honestidad de Mathidiana, su virtud, su pundonor, y su mucha verguenza, le voceaba al alma, que era falsedad lo que Germano le avia dicho: ver por otra parte lo remoto de su ausencia, lo secreto de su estancia, y no hallar noticia de ella, le daba que sospechar, y le inclinaba à creer quanto su hermano le decia. Era dado à la Astrologia, consultò á las Estrellas, alzò figura, y hallò por su falsa ciencia, que los hados, y la conjuncion de Marte, y Venus inclinaban à Mathidiana à ser adúltera, è infiel à su marido. Muy creído, pues, de que el hado infeliz violentaba à su Esposa à aquella infamia, guardandolo para sì, quiso personalmente ir en su busca. Al hijo menor, Clemente, con quien solo se avia que-

quedado, dexò en poder de Tutores, sus mayores deudos, y amonestandole que estudiáse, dexandole para ello mucha parte de sus rentas; y cargando con todas sus riquezas, se entrò en una Nave, y caminò para Grecia.

Apenas el buen Faustino entrò en el Navio, y se diò á la navegacion, quando empezó á acontecerle el mismo fracaso, que á su esposa Mathidiana con sus dos hijos; porque hinchandose los vientos, y azotandose las aguas, se levantò, y moviò tal tormenta, y borrasca, que en breve rato, hecha la Nave pedazos, y sepultada en el mar quantta hacienda llevaba, tuvo à dicha escapar libre en una tabla, como su amada confor-te, y sus queridos hijos. Arrojòle luego el mar á una playa de arena, desierta, y desamparada; vióse alli solo, afligido, y pobre, y al mismo tiempo perdido, sin saberse què hacer; convertido en un instante de poderoso, y rico, en mendigo, y miserable, sin tener donde bolver los ojos, sino à los Cie-

los. Hallandose, pues, pobre, y perdido, sin possible alguno para passar adelante, ni para bolver atrás, huyóse á lo mas remoto de aquel parage, donde ya encontrò algunas Poblaciones, aunque humildes, y alli determinó passar su vida amarga, llorando su infortunio entre aquella miserable gente con suma mendiguèz, y miseria. Dexemosle aqui á Faustino, triste, desconsolado, y sumamente afligido; vamos ya à hablar de Clemente, que solo quedò de esta desgraciada familia libre, aunque desamparado de sus padres, y hermanos en la Ciudad de Roma.

Quedó Clemente, como hemos dicho, encomendado à sus deudos; y dióse tanto à los estudios de la Filosofia, que saliò gallardo Estudiante: solo le acosaban unas dudas sobre la inmortalidad del alma. Hallabase entonces en Roma el Apostol San Bartholomè, que à la fazon avia llegado á aquella Ciudad, predicando la Fè de Jesu-Christo. Oyòle su doctrina, y discurriò luego, que ninguno le

podia facar de lo que dudaba, à no ser este Santo Predicador. Fuese al Apostol, y proponiendole todo quanto dudaba, al punto le dexó sofsegado, y satisfecho. Abrazò luego su santa doctrina, y le suplicò le admitiessa por su discipulo, dandole el Sagrado Bautismo. Alegròse mucho San Bartholomè, y èl le regalò quanto pudo en su casa, como à su Maestro, y que tanto favor le avia hecho, facandole de tantas tinieblas à la clara, y verdadera luz de la Ley de Jesu-Christo.

Estuvo en su compañía algunos dias, hasta que deseoso de conocer al Apostol San Pedro, como principal Cabeza de la Iglesia, de quien San Bartholomè le avia referido muchas cosas, llevando cartas suyas, se partiò para Antioquia, donde el Principe de los Apostoles tenia entonces su Cathedra, y su primera Silla. Recibiòle S. Pedro amigablemente, y con sumo cariño, como descubriendo en èl una preciosa piedra para los primeros cimientos de la Iglesia, que se

iba fundando. Algunos dicen, que el Santo Apostol fuè el que entonces le dió el Sagrado Bautismo, y tanto le robò el afecto, que le hizo un como Népote fuyo, y el mas valido de sus discipulos. Preguntòle el Santo por su estirpe, que de dónde era, y què causa era la suya en Roma, como tambien, quienes eran sus padres, y si los dexaba vivos? Clemente entonces, con dolor de su corazon, prorrumpiò en lagrimas, y suspiros. Animòle, y le consolò el Apostol; y ya alentado con los consuelos de su dulce Padre, le empezò á referir por extenso las tragedias de su casa.

Ay, Padre mio amantissimo! que yo he venido á quedar en el mundo el sugeto mas solo, y desamparado de los nacidos, sin padres, ni hermanos. Mi madre se llamó Mathidiana, una de las nobles Matronas de la gran Ciudad de Roma, y de la mas ilustre Profapia de aquella Corte; ésta, embarcada con dos hijos, hermanos mios, llamados Fausto, y Faustino,

para Athenas, se ha tenido por cierto averlos tragado el mar, sin averse sabido hasta aora la menor noticia de ellos. Mi padre se llamó Faustino, uno de los mas ilustres Cavalleros de Roma, que no aviendo podido indagar, ni saber de mi madre, y hermanos, por mas diligencias que hizo, se determinò èl por sí passar à buscarlos, y han passado ya tantos años, sin saberse de èl, ni adonde ha ido á parar. Sè, que tambien se embarcò, y sin duda, que quando no parece, ha venido á padecer el mismo naufragio que mi amada madre, y queridos hermanos. Ya no pudo proseguir mas el afligido mancebo, porque los sollozos, y copiosas lagrimas le impedian el proseguir adelante. Fuè tanto lo que conmoviò à S. Pedro la relacion de Clemente, que como tan compasivo, y tierno el Santo, empezò à acompañarle en el llanto, vertiendo tantas lagrimas, como su amado discipulo, escuchando lastimas semejantes. Sosssegados ya alguna cosa los dos, el Santo

Apostol le consolò à Clemente mucho, diciendole, que confiase en la clemencia de Jesu-Christo, á quien nuevamente creia, y seguía, que èl como tan piadoso le consolara en sus trabajos.

Ya hemos referido, y soltado todos los cabos de esta Historia; vamos aora recogiendo, y atandolos, pues espero que veais en lo que se sigue, las maravillas mas singulares, y tiernas que ha obrado la Divina Providencia de un Dios, y por qué raros caminos lleva para sí à los que quiere, y elige para su Empyreo Soberano. Toda esta buena familia se viò combatida de trabajos, fatigas, y angustias, deshechos, y separados unos de otros en breves instantes; y de ricos, y poderosos, con todas las conveniencias del mundo, á un pronto fracaso de la fortuna, hechos los mas pobres, desamparados, y miserables de los hombres. Pues por este camino tan penoso, y atribulado los llevò nuestro Dios, para hacerlos tan suyos, para exemplo de aquellos, que

viendose en esta vida con grandes trabajos, infortunios, y desdichas, no desesperen; y confiando en su infinita providencia, esperen por medio de la tolerancia el consuelo de su soberana piedad, como le configuieron todos los que en esta Historia maravillosa hacen el principal papel.

Como pasado algun tiempo determinasse San Pedro passar su Silla desde la Ciudad de Antioquia para la Imperial Ciudad de Roma, partiòse à poner en ella, como en Cabeza del mundo, la Cathedra universal (que hasta oy dura, y Dios ferà servido que dure para siempre) saliò acompañado de Clemente, y demás Discipulos; y es cosa maravillosa, que entre ellos iban ya los tres hermanos, Aquila, Niceta, y Clemente, sin conocerse por tales, aunque es creíble, que San Pedro lo supiesse por las relaciones que avia tomado de ellos, y que el Santo lo reservasse hasta mayor ocasion.

Iban ya caminando, quando acertaron à llegar con su

Nave à aquella Isla, llamada de algunos *Ancharado*, donde la honesta Mathidiana andaba mendigando, y buscando un pobre sustento para si, y su compañera. Encontròse con el Apostol San Pedro, à quien pidiò limosna; y reparando el Santo en ella, y viendo que era muger de buenos brios, y no de muchos años, llamòla aparte, y como Padre severo comenzò à reñirla, y reprehenderla, porque andaba de aquella manera mendigando, y pidiendo limosna, quando tenia edad competente, y brios para trabajar, y ganar con sus manos la comida. Aqui ocurre una grande consideracion, reparando en esta reprehension de nuestro Apostol, y primer Vice-Christo, donde se puede ver, que no hacen mal los Governadores, y Justicias en impedir que no mendiguen, ni anden pordiosando los que pueden trabajar; pues tal vez la limosna que éstos cogen, se la quitan à un impedido; y no sé que sea justicia, ni aun caridad tampoco, que el que éstos, pudiendo ganarlo por

sì, les quitan á los que no pueden agenciarlo por sus achaques, el sustento de la comida.

Podemos traer à la consideracion quan corrida, quan avergonzada se hallaria la honesta Señora de verse aun reprehendida en su miseria, dexase bastantemente entender.

Pero prorrumpiendo luego en lagrimas, satisfizo pronto al cargo del Apostol, enseñandole sus brazos, y sus manos baldadas, è impedidas; y bolviendo luego al llanto, le contó quien era, y su infelicidad, y desdicha. Dixole que se llamaba Mathidiana, y que era de lo mas noble de Roma, y muger del Senador Faustino, y que por guardar su honor, y huir de su Cuñado Germano, que la perseguia à cosas torpes, y obscenas, se avia embarcado para Grecia con dos hijos; que corrió tormenta con ellos; que á ella la arrojò el mar à aquella Isla; que à los hijos los llorò difuntos; que despedazò sus carnes con el sentimiento, mordiendose las manos, y los brazos, por lo

que avia quedado baldada; que la alvergó una piadosa Viuda, y pobre, que mendigando la sustentaba con sus limosnas; y que grata à tanto beneficio, aviendo caido èsta enferma, y postradose en una cama baldada, andaba à pedir un focorro para entrambas.

Atonito por una parte, y alborozado, y gozoso por otra, se quedò el gran Principe San Pedro, oyendo la relacion de Mathidiana. Confolòla, alhagòla cariñoso, como tan compasivo, y tierno; engrandeciò su virtud; loola su honestidad; bendixola sus trabajos; y haciendo recuerdo del informe que le avia hecho Clemente, y cotejando una relacion con otra, vino à persuadirse, que era Mathidiana su madre, que lloraba perdida. Dixola el Santo Apostol: *Ea, consuelate Mathidiana, dexa de llorar, y convierte ya essas lagrimas en dar gracias à Dios, que ya quiere pagarte tus trabajos en consuelos, y alegrías. Sabete, que breve veràs à uno de tus hijos, pues en mi compañía traigo à uno,*
que

que llaman Clemente. Suplicò-le Mathidiana con ruegos la concedieffe el poderle ver: y al punto le llamó el Apóstol. Hizose presente Clemente, y al modo que los cuerpos, se carearon las almas, diciendo-se por los ojos como eran hijo, y madre; conociò Mathidiana al punto por las señas, que era Clemente su hijo, y abrazada de èl con lagrimas reciprocas de alegría, se dixerón mil ternuras.

Sucedìò, para aumentar mas este gozo, que Aquila, y Niceta, compañeros de Clemente, aunque sin conocerse por hermanos, venian tambien con el Apóstol, como ya hemos dicho. Llegaron en aquella fazon donde estaba San Pedro, aviendo visto antes à su Maestro con aquella muger, y preguntaron admirados à Clemente, qué tenia el Santo con ella, que tan de espacio conversaba, y demostraba, estar gozoso con ella? A lo qual les dixo: *Como aquella era su madre, que saliendo de Roma para Athenas, padeciò naufragio con otros dos hermanos suyos, y que à ella la*

avia arrojado el mar à aquella Isla, mas sus hermanos no parecieron. Aquila, y Niceta entonces confusos, y pasmados, mirandose el uno al otro, apenas podian hablar, fiendoles dogal dulce el mucho placer, que rebofada en el pecho. Por el nombre, y por las señas conocieron tambien a la hermosa Mathidiana por madre de los tres; y ella luego que los miró con mas atencion, los conoció tambien por sus hijos. Arrojaronse todos à los brazos, y hechos todos quatro un cuerpo à estrechísimos abrazos, se poblò un mar de llanto, que derramò el placer por los rios de sus ojos: admirando San Pedro, con los demás Fieles que allí avia, suceffo tan peregrino.

Mirese con atencion del modo que và el Cielo suavizando los trabajos de quien se expuso à ellos por conservarse honrada, y guardar à su marido la fé debida; y adviertase aqui tambien, como aqui se dexa ver clara, y distintamente lo que el Espíritu Santo dice en la Sagrada Es-

criatura, que nuestro Dios juega con los hijos de los hombres; pues no es mas esta Historia, que un mysterioso juego, con que la Divina Providencia demuestra los cariños con los suyos. Los tres hijos que lloraba perdidos Mathidiana, los ha hallado mejorados; bueltos Christianos de infieles; estimados, y queridos del Principe de la Iglesia San Pedro: ella tambien se halla con muchas ganancias de precio mas estimable que todas quantas perdiò, pues se vè unida al Christianismo, con tesoros Celestiales, por las humanas riquezas, que la quitò la fortuna: diòla San Pedro salud, curandola lo baldado de los brazos, y las manos al toque de las fuyas: mandò el Santo Apostol, que desde alli le guiasse Mathidiana á la casa de su compañera, y bienhechora; y entrando el Santo en su quarto, al ver á la enferma postrada, la mandò levantar de la cama, y que los siguiessse. Caso maravilloso! que al punto saltando de la cama, se vino ella por sí,

sana, y buena, y como si jamás huviera padecido el accidente que la postraba. Todos estos milagros hizo alli el Apostol, para que à vista de ellos fuesse creciendo la Fè en los creyentes.

Determinò San Pedro proseguir su viage, llevandolos à todos consigo, ya Catholicos, y bautizados. Con mucha alegria saliò el Santo de aquella Isla, yendo tambien en compañía de sus hijos, regalada, y servida, la ya feliz Mathidiana. Surcando muchos dias por el mar salobre llegaron á otros Puertos à tomar algun descanso; y retirandose un dia el Apostol á un parage oculto à hacer oracion, en compañía de sus tres Discipulos amados, Clemente, Aquila, y Niceta, saliòles al encuentro un viejo venerable, la barba crecida, tostado el rostro, pobre de vestido; y viendo que eran penitentes, y personas de perfecta vida, les dixo lastimado estas palabras: *Compassion tengo de vosotros, pues con vuestra austera vida, piedad, y religion, pensais evadir los ries-*

gos, y desdichas que os señalan vuestros hados; mas lo tengo por error, porque no ay en el mundo providencia que pueda librar à nadie del signo, y fatal estrella con que nace: esto alcanzo por mis Mathematicas; y assi, que hagais oracion, ò no la hagais, vendrà siempre à suceder lo que vuestro hado os pronostica.

Levantóse á estas razones San Pedro, y con voz imperiosa le dixo: *Es falsa tu doctrina, porque para el poder de Dios no ay hados que se opongan: inclinar solo pueden las estrellas; pero no violentar el alvedrio, ni forzarle al bien, ò al mal.* Con estas, y otras muchas razones arguyeron con el viejo por un largo tiempo, y á grande espacio San Pedro, y sus tres Discipulos, hasta que èl cansado ya de escucharlos, y no queriendo darse por concluido, les dixo por fin: Digo, que creyera de buena gana por vuestras razones, que ay Providencia Divina que estorve los hados, si mi propia conciencia no me lo impidiera; porque aveis de saber, que

yo supe por mi ciencia el signo en que nacimos yo, y mi Esposa, y juntamente la desdicha, è infelicidad que nos señalaba, nos ha sucedido: ver si ay argumento contra esto. Explicateme mas, le dixo San Pedro. Si lo harè, respondió el venerable Anciano: El signo en que nació mi Esposa, mirandose Marte, y Venus, y estando la Luna en la casa de Saturno, y Marte, señala que serà adultera la muger que en tal signo naciere, y que se darà à los amores de siervos, y criados de su casa; que se irá por el mundo con alguno de ellos, y perecerà en la mar.

Pues aveis de saber ahora, que toda esta desdicha, è infortunio me ha sucedido á mi, que soy Cavallero de lo mas noble de Roma, llamado Faustino, bien nombrado, y conocido por mi casa, y por mis hechos; porque mi muger, tambien Matrona ilustre, se enamoró de un criado de mi casa, y engañandome con cierta revelacion, se fué con èl por el mundo, diciendo, que iban à Grecia, y
el

el mar les dió sepultura: que ella pereció es cosa cierta, con dos pedazos del alma que me llevò aídos, que fueron mis dos hijos: que fuè liviana, contómelo mi hermano, porque folicitado de ella, no quiso assentir á sus torpes gustos; y ella desesperada, fingió medios como irse con un criado, segun, y como se lo avia dicho: ved, pues, ahora si contra tanta verdad ay argumento.

San Pedro entonces (conocido ya el fin de tan dichosa tragedia) le respondió animoso: Ea, Faustino noble, mira à patentes luces de la verdad lo falso, y engañoso de tu ciencia, y como no están los hombres sujetos à los hados. Ven, y verás sana, y buena à tu querida Esposa Mathidiana, tan honrada, y tan honesta, que por no agraviar tu fé, y huir las sollicitaciones torpes de tu aleve hermano Germano, se arrojò á mil peligros. Reconoce tambien á tus tres hijos queridos, que son estos tres mancebos que tienes delante, tan doctos, y entendidos, como has visto,

y tú lo has experimentado en los argumentos que te han puesto. Remozate vejez con tus caras prendas, y mira como ay Dios que deshace las fortunas, y no ay hados que obliguen, y violenten á los hombres. Qué lengua sabrà pintar los placeres, y alegrías con que se bañaron todos? Ya se puede considerar.

Quando el padre reconoció à sus hijos, y los hijos à su padre; quando Mathidiana, por cumplimiento del gozo, vió su amado dueño; quando Faustino se vió en brazos de su casta Esposa, passada la primera avenida, en que con el mucho júbilo fluctuaron las almas à porfia las expresiones, parece que se hacian cariñosa pesadumbre; amontonadas todas era una riña de amor, una gustosa pelèa para quien la miraba desde aparte. Bautizòse Faustino, con que todos hechos Fieles, baxo la conducta del Principe de los Apostoles San Pedro, Soldados de la Iglesia Militante, marcharon à Roma. Parecerà Novela la presente Historia; pero no es si-

fino una relacion veridica, assegurada, y escrita por Autores insignes, como puede verse en los anotados al principio: S. Ant. 1. part. tit. 7. cap. 2. Vincent. in Specul. Hist. Pined. in Man. p. 2. lib. 11. cap. 27. S. 5. & 6.

Puestos todos en aquella gran Ciudad de Roma, assentò San Pedro en ella su Silla: ordenò todas sus cosas, y predicando, y convirtiendo gentes, llegò à adquirir muchos Discipulos; trabajaban éstos como el que mas en ayudar al Santo Apostol à plantar su Iglesia; pero quien mas se aventajò entre todos fuè San Clemente. Muriò S. Pedro martyrizado por Neròn; prosiguiò San Clemente trabajando en plantar su doctrina hasta los tiempos de Trajano, que llegò à obtener el Pontificado, despues de S. Lino, y S. Cleto. Moviòse en su tiempo la tercera persecucion de la Iglesia, ordenando Trajano un Decreto, en que prohibia las Juntas, y Congregaciones, lo qual iba contra los Christianos, para que no se juntassen á sus exer-

cicios, y con mandato à los Ministros para perseguirlos, matarlos, ó echarlos de Roma; y como entre ellos fuese el principal S. Clemente, y fuese muy conocido, ya por ser hombre de muy noble linage, ya por aver convertido á la Fé á Sifinio, principal Ciudadano Romano, y à otros muchos hombres de cuenta, y ya por aver hecho muchos milagros, dieron noticia de èl à Trajano, diciendole, que Clemente pervertia el Pueblo, y destruía la adoracion de los Idolos.

Mandòle desterrar á la Taurica Chersoneso, llamada por otro nombre el Cimerio Bosforo, de la otra parte del mar Euxino: alli le hacian sacar piedra, y marmoles con otros Christianos, que tambien avia desterrados, à los quales hallò el Santo muy desconsolados; mas consolaronse mucho con la llegada de San Clemente: padecian mucha falta, y necesidad de agua, que la traian à ombros seis millas de alli; y el Santo Pontifice, movido de piedad, rogò à Dios diese

agua à aquel Pueblo. Aparecióse un Cordero, que con el pie derecho levantado, mostró el lugar donde la avia. Mandò cabar allí S. Clemente, y de repente saliò un grande golpe de agua, con que los Christianos se alegraron, y dieron gracias á Dios, y à sus Santos.

Muchos de los Gentiles que avia allí, visto el milagro, se convirtieron á la Fè de Jesu-Christo; lo qual sabido por el Emperador, embiò allà un Presidente, llamado Antidia-no, que viendolos à todos firmes en la Fè, y Ley verdadera del Redentor, y sabiendo que San Clemente los avia convertido, mandòlo

echar en el mar con una anco-
ra al cuello. Así acabò su car-
rera este glorioso Santo en
23. de Noviembre del año
100. aviendo governado la
Silla de San Pedro nueve
años, seis meses, y seis dias.
Sobre su sepulcro milagroso,
aparecido en el mar, ha-
blan los Padres, y Auto-
res antiguos, como San Ge-
ronymo, Gregorio Turonen-
se, Eusebio, Metafraste, y
Baronio, apartandose el mar
casi tres millas, se descubria
su sagrado Cuerpo en una
Urna de marmol; y este pro-
digio, dice Calmet, que se lee
en la antigua Historia, acon-
tecia todos los años en el dia de
su Fiesta à 23. de Noviembre.

F I N.

Reimprimase.

Dr. Adell, Vic. Gen.

Reimprimase.

Eulate, Regente.



Se hallará en Valencia en la Imprenta de Agustín La-
borda y Campo, vive en la Bolsería, donde se
hallarán ésta, y otras diferentes.